

Y este es el amor de Dios en la encarnación reparadora.

“El exceso de su magnificencia, dice el Padre Monsabré, va hasta este punto, hasta dar los bienes de que es tan pródigo, no sólo á sus amigos, lo que sería muy grande, sino aun á sus enemigos, lo que es inmenso: *magnum est magna dare amicis et proximis; nimis inimicis.*”

Ya se ve, entonces, cómo la introducción del Verbo Redentor en el plan de la Encarnación, nos da un acrecentamiento en la manifestación de las perfecciones divinas.

El poder, la sabiduría y el amor, tres de los atributos divinos que Dios se proponía manifestar en la creación del Universo, se manifiestan más grandes, más magníficos y más sublimes en la Encarnación reparadora.

Cristo, encarnado para redimir á la humanidad, hace ver con más claridad el alcance de su poder, lo profundo de su sabiduría y el exceso casi incomprensible de su amor.

He aquí por qué en el plan divino entró la culpa.

Pero hay algo más todavía.

Sin la culpa, y de consiguiente sin la Encarnación reparadora, no habríamos podido contemplar en toda su magnificencia, algunas otras perfecciones divinas.

“Dos perfecciones, dice el P. Monsabré, que apenas nos hubieran sido conocidas en una creación inmaculada, presidida por el Verbo Encarnado, vienen en una creación manchada por la culpa, á unirse al coro del poder, de la sabiduría y del amor: estas son la misericordia y la justicia.”

La misericordia consiste en compartir la miseria ajena, entristecerse de ella y alejarla de quien la sufre.

Dios, en su inalterable naturaleza, no puede entristecerse: lo único que puede hacer es alejar la miseria.

“No compete á Dios, dice Santo Tomás, entristecerse por la miseria de otro; pero sí le compete, y de un modo principal, alejar, repeler, la miseria de aquél que es víctima de ella.”

Y por miseria, como el mismo santo Doctor lo enseña, se entiende cualquier defecto, cualquier sufrimiento, *ut per miseriam, quemcumque defectum intelligamus.*



Y sin embargo, lo más tierno de la misericordia, es sufrir por el que sufre.

“Compartir la miseria, dice el P. Monsabré, apropiarse la miseria, sufrir con el que sufre y lo que sufre, hacer entrar la miseria de los otros en nuestro propio corazón, hacer nuestro corazón miserable, como lo es otro corazón, para mostrarle cuánto se le ama, esta es la misericordia: *miserum cor, miseria cordis, misericordia.*”

Aquíes donde se ve, con toda claridad, cómo la Encarnación redentora hace brillar ese atributo tan dulce.

No pudiendo Dios, tener sufrimientos ni tristeza en su inmutable naturaleza, tomó la nuestra, se hizo semejante, como dice San Pablo, en todas las cosas, con sus hermanos, para hacerse misericordioso: *unde debuit per omnia fratribus simulari, ut misericors fieret.*

Y, en efecto, en Cristo Redentor, en su alma y en su carne, resuenan todos nuestros dolores, con tanta fuerza, que llora, gime, sufre más que todos los hombres juntos, y se le puede llamar por esto, el Rey de la misericordia.

“Llora en su cuna, dice el P. Monsabré, llora en sus vigiliassolitarias, llora sobre la tumba de

un amigo, llora sobre la colina desde donde contempla en Jerusalén á la humanidad ingrata, llora en el jardín solitario, en el que nuestras miserias se le presentan, tan á lo vivo, que casi muere: es, verdaderamente, un varón de dolores, *virum dolorum.*”

El Cristo, Redentor, es la misericordia misma.

Pero no sólo se muestra la misericordia; también la justicia habla en el Verbo Redentor, con el mismo tono y sobre el mismo ritmo, que las otras perfecciones, según la hermosísima frase del P. Monsabré.

La justicia resplandecía, sin duda, en las obras de la creación.

La justicia consiste en la distribución correcta y adecuada de los dones que le corresponden á cada naturaleza.

Y el Creador de los mundos los había distribuido con peso y con medida, respondiendo á las exigencias de cada naturaleza creada.

Pero nuestros ojos, débiles y enfermizos, podrían considerar estos dones, no como la obra de la justicia, sino como la obra del amor que da y de la sabiduría que ordena.

Lo que mejor podría hacernos contemplar la



justicia, en toda su terrible grandeza, era el mal, el mal moral.

Propio es también, de la justicia, castigar, y los ojos humanos, mirando el castigo, es como comprenden la justicia.

Dios, por eso, en sus designios, que nadie puede sondear, previó y permitió el pecado.

Una vez cometido, la expiación era necesaria.

Todas las penas de la vida, el trabajo ingrato, las privaciones, las enfermedades, las decepciones, las angustias, los pesares, las torturas del alma y del cuerpo, forman un lúgubre cortejo que rodea, oprime, fatiga y agobia al pecador: esta es su expiación: así le castiga Dios: así hace manifestación de su justicia: pero no basta.

La justicia de Dios es infinita como su ser, y no puede quedar satisfecha, sino cuando el castigo iguale á la ofensa.

Y todos aquellos castigos están muy lejos de nivelarse con la ofensa.

No hay en el Universo una pena que iguale al pecado.

El pecado es de una grandeza inconcebible.

San Bernardo nos da algunas notas que nos hacen comprenderla.

“El pecado, dice este sabio Padre de la Iglesia, y causa horror decirlo, agrega, es que se ensaña contra el mismo autor del mundo.”

“La voluntad humana, en cuanto puede, quiere destruir á Dios.”

“Y quiere destruirlo, porque quiere ó que no venga sus pecados ó que no los conozca: es decir, quiere un Dios ignorante ó impotente.”

“Y quien desea un Dios ignorante ó impotente, desea que perezca su poder, su justicia y su sabiduría.”

“La majestad á quien ultraja el pecado, dice Santo Tomás, le da en cierto modo un carácter infinito, y de consiguiente, ninguna satisfacción finita puede compensar la ofensa.”

“¿Qué bien, en efecto, pregunta el P. Monsabré, podría sacrificar el pecador que fuera posible comparar con el bien infinito que ha despreciado?”

“¿Qué bien podrá sacrificar el pecador que Dios no tenga derecho de quitarle, para castigar su crimen antes que lo haya satisfecho?”

Y aun cuando se encontrara en la humanidad un inocente que quisiese responder por los culpables, ¿qué bien posee, del cual no deba ya el hombre á su Creador?



Ninguna criatura puede rendir á Dios el honor que el pecado le quita.

“La inmensa hecatombe de la naturaleza entera, dice San Atanasio, no nos dará la medida de las exigencias de la majestad divina.”

Esta situación requería un medio que igualara el castigo con la ofensa.

El equilibrio de estas dos cosas, es el triunfo y la manifestación completa de la justicia.

El Verbo Encarnado da la solución.

El Verbo hecho carne, revestido de los harapos de nuestra naturaleza va á presentarse á su Padre y á ofrecerle bienes que está obligado á aceptar.

Y está obligado á aceptarlos, porque ningún reato pesa sobre ellos y porque el Hombre-Dios los penetra con mérito infinito.

El Verbo Redentor, que es Dios como el Dios ofendido, ofrece la satisfacción. El problema está resuelto: el castigo y la ofensa quedan nivelados.

Era, pues, necesaria la Encarnación reparadora.

“Es verdad, agrega el P. Monsabré, que una oración, una palabra, un suspiro, una lágrima, una mirada del Dios hecho hombre, habría bastado en rigor para satisfacer á la divinidad ofendida; pero, con tan pequeñas señales, nuestros limitados

y groseros entendimientos no habrían visto las profundidades infinitas de la justicia.”

Dios multiplica sobre el Verbo hecho hombre los oprobios y los sufrimientos; hace que corra la sangre hasta la muerte, la muerte infame de la cruz, á fin de que, iluminados por esas venganzas y hundidos en piadosa consternación ante el drama del Calvario, confesemos la grandeza del Ser Supremo diciendo, con voz conmovida: cuán grande es esta justicia que ha necesitado una víctima tan noble, tanta vergüenza, tan crueles tormentos.

He aquí un misterio adorable.

Dios que se irrita contra el pecado, es el Dios que tiene compasión del pecador; Dios que se precipita sobre el culpable, es el Dios que toma el lugar del pecador; Dios que hiere, es el Dios que sufre; Dios que castiga, es el Dios que merece y alcanza el perdón.

La justicia y la misericordia, como decía David, se han tendido la mano y se han abrazado en el corazón espirante del Verbo Redentor.

Ya se ve, entonces, como la Encarnación reparadora era necesaria para que resplandecieran en toda su luz dos perfecciones divinas, que sin la



culpa no se hubieran manifestado á nuestros ojos la justicia y la misericordia.

La aparición del mal en el mundo, lejos de amenguar la grandeza de las perfecciones divinas, hace que su manifestación sea más gloriosa y sea más completa.

El poder, la justicia y el amor, resplandecen con intensidad más grande: la misericordia y la justicia, que apenas nos hubieran sido conocidas en una creación inmaculada, se ostentan, la primera en toda su inefable ternura, y la segunda en toda su imponente severidad.

Alguien, sin embargo, pudiera creer que en la Encarnación reparadora, que es un misterio de sufrimientos y humillaciones, las perfecciones divinas, lejos de brillar con espléndida luz, han tenido que oscurecerse en el Hombre Dios, cubierto de oprobios.

No es así: el sol, aunque tienda su luz sobre pantanos lodosos y corrompidos, ni se nubla ni se mancha; el alma, aunque unida al cuerpo, jamás participa de la naturaleza de este vaso de barro quebradizo que la guarda.

Así es que, unida la divinidad á la carne humana, ni se contamina ni se mancha, ni se nubla ni cambia de ser.

Por otra parte, en todas las humillaciones de la humanidad de Cristo, se hace visible, siempre, el esplendor inmaculado de su ser divino.

Es concebido en la carne, pero lo es por obra y por virtud del Espíritu Santo; nace del seno de una mujer, pero esa mujer es una Virgen sin mancha y queda Virgen después de su alumbramiento; descansa pobre en un pesebre, pero allí recibe la adoración de los Reyes; huye desterrado á Egipto, pero á su presencia caen y enmudecen los ídolos que allí se adoraban; vive en la indigencia, pero hace milagros que asombran al mundo; es aprehendido por los soldados en el Huerto, pero antes, con una sola palabra, los derriba en tierra; es crucificado, pero la tierra se estremece; muere, pero el sol se apaga: es encerrado en una tumba, pero de ella sale por virtud propia, glorioso y radiante.

No, y preciso es repetirlo, las humillaciones de Cristo jamás nublan los esplendores de su ser divino.

En la Encarnación reparadora, no sólo se osten-



tan las perfecciones divinas en su belleza más espléndida, sino que en ella el Verbo aparece más radiante y más hermoso.

“El monarca pacífico cuya majestad soberana, dice el P. Monsabré, hubiera iluminado los orígenes del mundo, si el género humano no hubiera pecado, merece, sin duda, nuestros homenajes y nuestra admiración: sin embargo, por hermoso que nos aparezca en la mística poesía de nuestros ensueños, le falta á su frente una doble corona: la corona del vencedor y la corona del salvador.”

“Es hermoso para un rey, continúa el P. Monsabré, reinar como señor absoluto sobre un pueblo sumiso y que tiene confianza plena en la fuerza, en la sabiduría y en la bondad de aquel que lo gobierna.”

“Es hermoso que ese rey responda á los homenajes de sus súbditos, por la magnificencia de sus beneficios.”

“Pero cuando el enemigo llega y lanza un grito de guerra, cuando sus batallones triunfantes han arrollado ya á las tropas infieles, á las que se había confiado la guarda de las fronteras, cuando asienta su pie insolente sobre el suelo de la patria, como si la hubiese conquistado para siempre, volar

á su encuentro y ponerse heroicamente á la cabeza de la batalla, romper sus legiones, ponerlas en fuga al precio de mil heridas, salvar, en fin, á un pueblo de la muerte y volver á su seno teñido en su propia sangre, coronado con los laureles de la victoria y más dueño que nunca de los corazones, por el prestigio de su valor y por la honra de su nombre, es la más bella gloria que un rey puede ambicionar.”

Dios no quiso privar de esa gloria á su Hijo divino: le reservó para un mundo invadido por el mortal enemigo de su majestad: el pecado.

El Verbo hecho carne, desde el primer instante de su vida pasible y mortal, entra en lucha con el pecado.

Sangriento, martirizado, espira sobre el cadáver del enemigo; pero á poco sale de la tumba y vuelve á los suyos para decirles: “Tened confianza, he venido al mundo, *confidite, ego vici mundum.*”

El Profeta había visto en su triunfo al Redentor de la humanidad.

“¿Quién es éste, esclama, que viene de Edon y de Bosra con sus vestiduras teñidas de sangre? ¿Este tan gallardo en su vestir y en cuyo majestuoso andar se descubre la mucha fortaleza suya?”



"Yo soy, responderá, el que predico la justicia y soy el protector que da la salud á los hombres."

"Pues ¿por qué está rojo tu vestido, y está tu ropa como aquellos que pisan la vendimia en el lagar?"

"El lagar lo he pisado solo sin que nadie de entre las gentes haya estado conmigo. Pisé á los enemigos con mi furor y los hollé con mi ira, y su sangre salpicó mi vestido y manché toda mi ropa."

"Porque he aquí el día fijado en mi corazón para tomar venganza; es llegado ya el tiempo de redimir á los míos."

Y Cristo, cumpliendo el vaticinio ganó solo la difícil y sangrienta victoria: ciñó su frente con la corona del vencedor, con la corona del que salva á su pueblo.

Ya se ve cómo Dios es más grande, cómo el Verbo Encarnado es más bello, en la Encarnación reparadora.

---

En la Encarnación reparadora se manifiestan con más esplendor las perfecciones divinas, se dejan ver en toda su luz las que apenas conocería-

mos en una creación inmaculada, y se ostenta el Verbo, hecho hombre, lleno de encantos y hermosura.

Pero la manifestación de esas perfecciones no procura la gloria de Dios, sino poniéndose al servicio del hombre.

Cristo, hecho hombre, para redimir á la humanidad pecadora, ha puesto á nuestro servicio, causa asombro el decirlo, su misma persona divina.

Comunicarse al hombre para llamarlo al bien y apartarlo de las sendas de la culpa, he aquí otro de los beneficios de la Encarnación reparadora.

A nuestra inteligencia, hundida en las tinieblas y marchando con paso inseguro hacia la verdad, el Verbo Encarnado le trae una luz desconocida, la luz de los cielos, para alumbrar las sendas, y sondear, sin peligro, los abismos de la verdad.

Cristo habla, y sus palabras hacen que se fije nuestro entendimiento en su autoridad divina, y ésta constituye la base inquebrantable de nuestra fe.

"Para que el hombre, dice San Agustín, anduviera con más confianza por las sendas del mun-



do y llegara sin perderse, á la verdad, la misma verdad, el Hijo de Dios, hecho hombre, constituye y funda la fe.

Habíamos perdido de vista la eterna felicidad que nos fuera prometida en la cuna del mundo, nuestros deseos languidecían, las cosas sensibles tenían cautiva nuestra alma.

La humanidad del Salvador nos acerca el soberano bien, y Dios, haciéndose ver, nos devuelve el gusto de las cosas invisibles.

Como Cristo funda nuestra fe, levanta nuestra esperanza.

“Nada fué tan necesario para levantar nuestra esperanza, dice San Agustín, como el que se nos hiciera patente el amor que Dios nos tiene. ¿Qué demostración más palpitante del amor divino, que el que el Hijo de Dios se uniese á nuestra naturaleza?”

Nuestros corazones tímidos y perezosos, apenas osaban pasar de la adoración temblorosa, al amor de la divinidad; el Verbo inmoldado viene á encender en nosotros el fuego sagrado del amor, en toda su grandeza.

¿Quién, mirando su amor, dice San Bernardo, no le amaría? ¿Quién, recibiendo de él tantos bie-

nes, podría rehusarle el homenaje de tierno y piadoso reconocimiento?

“¿Cuál es el motivo, pregunta San Agustín, más poderoso de la venida de Cristo, sino el manifestar el amor que Dios nos tiene?”

“Si el corazón era tardo para amarle, agrega el santo Doctor, no lo sería para pagar el amor que nos manifiesta.”

Los sacrificios que impone la virtud espantan nuestra debilidad, el dolor abate nuestra firmeza, la muerte consterna á nuestra naturaleza en la que anida un fermento de inmortalidad, y el espectáculo de las debilidades y deficiencias de que diariamente somos testigos, acaba la obra de nuestro penoso desaliento.

Cristo se encarna y padece.

Es el primero en los caminos del deber y del sufrimiento; nos arrastra con su ejemplo sobre sus huellas ensangrentadas; su corazón abierto nos ofrece, en nuestros males, un refugio lleno de paz y de dulzura; su muerte, coronada de gloria, nos invita al desprecio de los vanos terrores que nos agitan en el dintel de la tumba; á su presencia y con su ejemplo, todo bien es posible, toda pena se olvida, toda vida se prepara con gozo al sacrificio.



Así es como Cristo Redentor nos enseña á obrar bien.

“Antes, dice San Agustín, veíamos al hombre, á quien no debíamos seguir, y no veíamos á Dios, á quien debíamos seguir siempre. Era, pues, preciso que Dios se mostrara al hombre, para que fuese visto por el hombre y para que el hombre lo siguiese; por eso Dios se hizo hombre.”

La felicidad verdadera del hombre, el fin de la vida humana, consiste en la plena participación de la divinidad.

Habíamos perdido hasta el recuerdo de ese fin precioso, la memoria de nuestra propia dignidad; deshonorábamos nuestra naturaleza por toda clase de crímenes.

La unión del Verbo y de la naturaleza humana, los implacables azotes de la justicia divina sobre la carne sagrada del Salvador, nos recuerdan á cada instante lo que somos, nos traen á la memoria la grandeza de nuestros inmortales destinos.

“Dios se hizo hombre, dice San Agustín, para que el hombre se hiciera Dios.”

“Reconoce, ¡oh hombre! tu dignidad, dice San León, y hecho participante de la naturaleza divi-

na, no degeneres, volviendo á la vileza de tu antigua vida.”

He aquí cómo la Encarnación reparadora pone al Verbo Divino á nuestro servicio, para nuestro bien.

La fe que se apoya en su palabra, que asombrada escuchó la multitud que le seguía, agranda los horizontes de nuestra inteligencia, ilumina los caminos de la verdad: al contemplar la belleza del Verbo hecho Hombre, se alienta nuestra languideciente esperanza: al ver á Cristo dar la vida por nuestro amor, nuestro amor se enciende y nuestra caridad se inflama: al mirar á Cristo en los caminos del deber y del sufrimiento, nuestra vida se apresta con gozo á los sacrificios y á los dolores: al sentir como caen sobre su cuerpo inmaculado los azotes de la justicia divina, recordamos nuestra grandeza y nos preparamos con valor á despreciar las cosas perecederas y á suspirar sólo por las celestes.

La Encarnación reparadora, que tantos bienes nos ofrece y nos otorga, nos da también elementos preciosos para alejarnos de las sendas del mal.

Unido Dios á la naturaleza humana, es decir, formándose una sola persona de Dios, del alma y



de la carne, el demonio no puede ya sorprendernos: no puede presentarse á nuestros ojos como Dios, alegando que es un espíritu y no carne, porque la Encarnación nos muestra que Dios se hizo carne.

Tampoco puede alegar, para engañarnos, que él es Dios, porque es inmortal, una vez que la Encarnación nos muestra que el Hijo de Dios se dignó *morir* hecho hombre.

Tal es el pensamiento de San Agustín.

La Encarnación reparadora patentiza, por otra parte, la grandeza de la dignidad humana.

“Nos demostró Dios, dice San Agustín, el lugar excelso que la naturaleza humana ocupa en la creación, al haber aparecido entre los hombres como hombre verdadero.”

La soberbia humana, que es el más poderoso impedimento para unirnos á Dios, puede sanarse por la humildad del Salvador.

Ella, en fin, liberta al hombre de la esclavitud del pecado.

Cristo satisfizo por nosotros: el hombre solo no podía satisfacer por todo el linaje humano: Dios no debía satisfacer: convenía, pues, que lo hiciera un Dios-hombre.

¡Cuántos misterios, cuántos beneficios, encierra la Encarnación reparadora!

Los principios que hemos venido consignando en los precedentes artículos, nos dejan ver, en toda su magnificencia, las incomparables grandezas del plan de la Encarnación.

Dios, impulsado por la tendencia que tiende á comunicarse, quiso llevarla hasta su último extremo; quiso manifestar, en el exterior, sus perfecciones infinitas, en toda su espléndida luz; quiso, en fin, dar á su obra el alto grado de belleza y de gloria que fuese capaz de recibir.

Comunica á nuestra alma, la luz de la inteligencia; entra más profunda é íntimamente en nosotros, por la gracia; quiere darse él mismo en la gloria del cielo, pero no puede ser más que el objeto inteligible de nuestra eterna contemplación.

Esto no basta á su amor: le queda un último don que hacer, el don de sí mismo, según su ser propio, natural y personal, de modo que se pueda decir: un hombre es Dios, un Dios es hombre.